

VA DE ELECCIONES

Quienes hacen revoluciones a medias cavan su propia tumba.

SAINT-JUST

Es sabido hasta la saciedad: dinero hace dinero, capital hace capital... Hace años que se dice y se repite. Las crisis económicas no se solucionaron nunca mediante la construcción de mastodónticos pantanos ni mediante la caza («furtiva») de divisas a través del pasajero *boom* turístico. Esos son sólo parches para retrasar las crisis, y no sólo no las solucionan sino que las hacen aumentar de tamaño. También nos toman el pelo —¡y de qué manera!— cuando pretenden arreglarlo todo gracias a la obtención de milagrosos créditos internacionales o a la puesta en marcha de una oficina de estudios para el ahorro de energía, como si toda la culpa la tuviera el irreparable aumento del precio del petróleo: «No despilfarre electricidad, no despilfarre gasolina...» nos dicen cada vez que nos suben las tarifas.

Hace ya muchos años que la espiral inflacionista se disparó en España y la tecnocracia de los primeros Planes de Desarrollo creía que podría resolverlo. En realidad, la única forma de romper el círculo vicioso, ese pez que se muerde la cola, no era meramente *técnica*. Se trataba —hablamos desde el punto de vista del Capital, evidentemente— de restablecer un mínimo de confianza para alentar a la inversión a los capitalistas; dinero hace dinero, hemos dicho. Y no sólo ni exclusivamente del capitalista nacional, aficionado al chanchullo y al tráfico de divisas, sino primordialmente de las omnipotentes multinacionales. Y a eso nos dirigimos.

Aunque la balanza de pagos no hubiera sido tan deficitaria —y olvidemos por un momento que una cosa es causa y efecto de la otra—, había que reunir unas condiciones mínimas: 1) Poner en marcha lo que tradicionalmente se conoce como POLÍTICA DE RENTAS, 2) La seria consolidación de INTERLOCUTORES VALIDOS, 3) Institucionalización oficial para ello de una política de PACTO SOCIAL. El precio de todo ello era obvio: la desaparición del aparato de Estado fascista, su gobierno, sus Cortes, su Sindicato Vertical, etc. y su sustitución por todo eso que nos ha venido de pronto, libertades formales, democracia, parlamento, diputados, elecciones, urnas, comicios, votos, escaños, constituciones, autonomías...

En tal sentido, las elecciones del 15 de junio, este hito marcado en la vida del país, era hacía tiempo más que previsible y lo único sorprendente era que tardaran tanto. Los análisis económicos que se hacían en la década de los sesenta, tendían todos ellos a prever este giro que sospechábamos más inminente de lo que ha sido: nadie podía decir que le cogía por sorpresa. Y no es sólo la oposición: no hace mucho el propio padre del actual rey, en unas declaraciones en Lisboa, se declaraba satisfecho por la situación política española, aunque preocupado por los problemas económicos y las dificultades que pueden encontrar las soluciones propuestas, que calificaba de «plan económico clásico»,

añadiendo respecto a la inflación y a la relación precios-salarios un significativo «Veremos quién le pone el cascabel al gato...».

Pero aunque fuera previsible desde todos los campos mínimamente informados, las elecciones fueron algo más que el previsible camino para obtener, o intentarlo, esa congelación de salarios que está en la base de toda política antiinflacionista «clásica», de toda política de rentas. Se entraba en un clima imprevisto, en la ruleta loca, en la feria de los asnos: la llamada «oposición democrática» vino en tomar las elecciones como un decisivo campo de batalla, abocando a ella todos sus esfuerzos, olvidando el más inmediato pasado, dejando de lado su memoria histórica. Con ello el sistema —no sabemos si felicitar a sus detentores o criticar a sus supuestos contrincantes— había matado dos pájaros de un tiro.

Inmersos en el «show» electoral, la gente ha olvidado en tres meses la situación que le tocó vivir uno, o dos años antes; y no digamos del ambiente de hace diez o veinte años; o más... Vitoria es un pasado muy lejano; como lo son el Txiqui o Puig Antich; como lo son Grimau o los juicios de Burgos; como lo son... ¿y para qué seguir? Lo insostenible de las condiciones objetivas de la economía del país era fácilmente previsible sin más incógnitas que los plazos y márgenes de tiempo. No se

había previsto en cambio esta evolución en las condiciones subjetivas: es opinión común generalizada —no siempre por oportunismo sino muy a menudo por ingenua buena fe— que las ELECCIONES eran, serían, son, seguirán siendo (hasta no sabemos cuándo) una estrategia privilegiada, una *clase de lucha* de la *lucha de clases*.

A la hora de pasar revista a las diferentes estrategias que coexisten hoy en la mente y en la práctica del español medio, hemos creído de justicia dedicar a las ELECCIONES nuestro primer capítulo. Por su-puesto, ello no significa que se le considere el único decisivo, ni siquiera el más importante, aunque cunda entre muchos un cierto desánimo mientras escribimos estas líneas. El primero, el prioritario, significa tan sólo el más próximo a la vivencia del lector, a su cotidianidad, a su televisor, etc., el que parece de momento estar en el candelero en nuestros días. Los demás capítulos ya mostrarán de sobra que hay otros caminos, que se trató tan sólo de una «revolución a medias», que decía Saint-Just...

«DEMOCRACIA», WHAT IS IT?

La sugerencia que me hicieron el otro día sigue rondando incansablemente por mi mente: ¿Por qué no escribes algo sobre qué es DEMOCRACIA? A primera vista, parecía fácil, fácil de aplicarla, y no digamos de describirla. Y, sin embargo, me temo que va a ser una encerrona más.

Mi primera idea fue, salvadas las distancias, tomar un título como «Su moral y la nuestra» de Trotsky, ese hombre: su democracia y la nuestra; lo que llaman «democracia» y lo que es de verdad; falsas y verdaderas democracias; democracia burguesa y democracia directa; democracia formal y democracia real; lo que está en puertas y lo que querríamos... Siempre malos y buenos, claro está: no por ninguna manía maniquea sino para convencer a los demás de que lo que yo les vendo es siempre mejor que lo de la competencia. El mercado de la oferta y la demanda.

Si DEMOCRACIA es la palabra-comodín que todo el mundo usa como mejor le conviene, no es de extrañar que esté ya tan gastada e imprecisa y que cada cual la entienda como le convenga, siempre de un modo distinto; el «comodín» sirve para eso. Pero si DEMOCRACIA es algo más, una actitud, una norma de conducta, una práctica concreta, una relación social, habrá que reconocer que la evidente manipulación a que se ve sometida tal palabra es intolerable y antidemocrática...

Y aquí es cuando me interrumpe mi interlocutor: Nada, ya la liaste; hoy en día es imposible escribir de lo que sea sin recurrir tarde o temprano a la dichosa palabrita; tú mismo has echado mano de la cómoda palabra-comodín para decirnos algo de la DEMOCRA-CIA.

Evidentemente, no le doy la razón; los juegos de palabras son el pan nuestro de cada día y uno está acostumbrado: las armas de la crítica y la crítica por las armas; la fuerza de la razón y la razón de la fuerza; la vida privada y la privación de vida; el espectáculo de la sociedad y la sociedad del espectáculo; solucionar la situación o situar la solución...

Y, sin embargo, esta imposibilidad de la cabal y completa definición al término DEMOCRACIA puede ser útil para mostrar, a escala, la complejidad del proceso de consenso democrático. Según a quien pretenda complacer, como es sabido, hablaré de democracia de base, de democracia de ruptura, de democracia parlamentaria, de democracia evolutiva, de democracia tendencial, de democracia orgánica, de democracia a la española, de democracia del ratón y el gato, de democracia a secas...

Según con quien hable debería utilizar una u otra de estas fórmulas, sabiendo que cada una se considera en fricción con las demás, cuando no en abierta oposición. Pero no estoy hablando sino escribiendo: es decir, pretendo convencer a todos a la vez. Convencer a la demanda (a los diversos tipos de posible lector); convencer al engranaje de la oferta (a la redacción, al director-periodista, al Ministerio de Información, al gobierno que representa, a las capas sociales en nombre de las que actúan...); y además, con-vencerme a mí mismo, aunque sólo sea un poco.

Los avatares de la democracia son similares a los de un artículo de prensa. Han de pasar por la prueba de fuego de las censuras y autocensuras, individual y colectivamente. Han de presentarse como portavoces de posiciones e intereses aparentemente diversos pero en realidad contrapuestos: habrá que mentir un poco, mejor dicho, «matizar». Y el público consumidor ha de tener la sensación —cierta o falsa, pero palpable— de que es él quien mediante su «presión incontenible» decide en último término toda clase de modificaciones.

La DEMOCRACIA pretende ingenuamente ser aceptada por todos a la vez. Por ello, ha de estar de antemano preparada ante toda inesperada contingencia, dispuesta siempre a verse barrida del mapa: la democracia y la prensa viven pendientes de un hilo, con «vocación» (?) de martirio, a un paso de las borrascas y frentes fríos. En traducción libre, DEMOCRACIA significa: Quien algo quiere, algo le cuesta, y quien no se arriesga, no pasa la mar. Ni es fácil pues decir lo que es la DEMOCRACIA, ni es fácil practicarla. Otro día que esté animado como hoy, volveré a escribir más sobre qué es DEMOCRACIA.

ELECCIONES:

¡MARCHANDO UNA DE PACTO SOCIAL!

Es demasiado fácil escribir contra las elecciones sin más, propugnar un abstencionismo activo en nombre del carácter antiestatal, antiparlamentario y/o apolítico de la Acracia en general y más concretamente del sindicalismo «revolucionario». Pero, aparte de su inevitable ambigüedad, el defecto de este tipo de argumentación —ya tradicional en C.N.T.— es que sólo convence a quienes ya estaban convencidos de antemano. No vamos a seguir pues este camino.

Otro de los lugares comunes en que suele enzarzarse un artículo dedicado a las elecciones, ante las diferentes opciones y alternativas que se ofrecen al «ciudadano elector» y el desorientador confusionismo que en él crean, es el de simplificar las cosas y zanjar radicalmente la cuestión mediante una dosis masiva de esa fobia anticomunista característica de ciertos ámbitos de la Confederación: es lo mismo votar Fraga, Suárez, Carrillo, etc. Lástima que, al reducir la crítica de la política a simple tópico, sólo vamos a con-seguir aumentar esa desorientación que tratábamos de esquivar.

Está también la salida del análisis meramente coyuntural: explicar algunas pequeñas historias, rumores y chismes de las diferentes familias políticas. Decir, por ejemplo, que el Gobierno ha legalizado al P.S.U.C.-P.C.E. para que éste dedique sus mítines —ya legales— a descargar toda su artillería pesada y sus recursos dialécticos contra Alianza Popular, ese evidente estorbo para Suárez. Pero, aunque algo de ello haya, nos limitamos a la anécdota fácil y seguimos encallados, sin un análisis mínimamente consistente, sin incidencia real en la lucha.

Porque se trata de aportar un análisis radicalmente proletario, enraizado en la lucha de clases: tal es la envergadura real de la convocatoria a elecciones parlamentarias. El Gobierno trata de obtener un consenso general convocando, a nivel de Estado, unas elecciones que sabe ya ganadas y cuyas reglas de juego se encarga de establecer él mismo. Y decimos que las elecciones están ya ganadas, no refiriéndonos a tal o cual personaje o candidato: Salga lo que saliere, gana la burguesía y es un triunfo para ella haber logrado convocar elecciones.

Pero, aparte de la obvia constatación de que las elecciones son de quien las convoca, las reglas establecidas aquí y ahora son convincentes: la burguesía abre los brazos a cuantos se declaren partidarios de seguir una línea interclasista y cierra los puños frente a la amenaza permanente de la lucha de clases del proletariado; y a la llamada «oposición democrática» siempre le han gustado más los brazos abiertos que los puños cerrados, como todo el mundo sabe.

A la clase obrera le ha tocado pues jugar en campo contrario, como siempre. Poco tiene por ganar en la mecánica electoral y sí en cambio mucho que perder. Es por eso que nos negamos a jugar: no sólo se juega en campo contrario sino que —la gota que desborda el vaso— es evidente que los árbitros están comprados. Lo que resulta irritante no es que la burguesía se comporte como tal —el juego es suyo—, sino que quienes se dicen representantes de la clase obrera no sólo no puedan ganar —como ya hemos visto— sino que ni siquiera aspiren a ello.

La clase obrera —sus representantes, que no es lo mismo— se dispone a perder su identidad a cambio de un plato de lentejas, de cuatro escaños parlamentarios, algunas legalizaciones y alguna que otra libertad formal más o menos transitoria. Quienes se auto proclaman «representantes de la clase obrera» aceptan el jugar en el campo de la burguesía y, para ello, se disponen a frenar la lucha de esa clase que dicen representar: lo importante no es jugar sino «participar»...

En otras palabras: la *burguesía* —el Estado y el Capital como representantes suyos— ofrece a la *clase obrera* —los partidos y los sindicatos como representantes suyos— una tregua definitiva de la lucha de clases. Y su ofrecimiento es bien recibido, por supuesto... Es así como se firma, en nombre de la clase y a espaldas suyas, lo que más allá de los Pirineos —en ese Neocapitalismo de los grandes monopolios y las multinacionales— se conoce con el elocuente nombre de *pacto social*.

Pero el proletariado —la clase de la inmensa mayoría en beneficio de la inmensa mayoría— rechaza firmemente los juegos y maniobras de la política, de los partidos, de las «correas de transmisión» de esos partidos, del «pacto social» (atado y bien atado) que esas correas aseguran. La clase obrera sabe que sólo ella puede llevar adelante su programa: ¡Frente a las elecciones, lucha de clases! ¡Frente a los pactos (descarados o encubiertos), *revolución social*...!

UNICO-UNITARIO-UNIFICADO

La prensa, *unida*, utiliza al *únisono* todas esas expresiones y algunas más que adopta *unánimemente*, cuando de hablarnos de política se trata. Últimamente —entre Plataformas *Unitarias* y Organismos *Convergentes*— se nos está politizando tanto todo que cada vez nos aclaramos menos. Y no se diga que esa desorientación generalizada es un fenómeno reciente para cargarle las culpas al referéndum por sufragio *universal* y a su publicidad en vallas, carteles y spots televisivos (una publicidad discreta y educada donde, por otra parte, no se nos ha querido decir más de lo que esperábamos que se nos dijera). Se debe más bien a la actividad *uniforme* —y *uniformizadora*— de tanta oposición *unitaria* que se moviliza asiduamente en nombre de la tan traída y llevada *unidad*. Todas esas palabras del nuevo argot político no tuvieron nunca un *único* significado, y, ante tal falta de *univocidad*, se cae de continuo en los equívocos más insospechados. Trataremos pues de salvar este obstáculo mediante un ejercicio de semántica política aplicada según la clásica norma: «DIME LO QUE PREGONAS Y TE DIRÉ DE LO QUE CARECES...»

Empezaremos por los ejemplos más tradicionales.

Cuando un país se llama Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no busquéis una multitud de repúblicas federadas, no busquéis *consejo obreros* (o sea, «soviet»), no busquéis socialismo, no busquéis unión: buscad tan sólo el Estado fuerte, la superpotencia imperialista. Y, a la recíproca, cuando un país se llama Estados Unidos de América, no busquéis tampoco una federación de pequeños estados autónomos ni limitéis vuestro campo de observación al continente americano: buscad tan sólo una superpotencia estatal que debería llamarse, por su proyección imperialista y su omnipotencia política, «Estado Unido del Mundo».

Y los partidos políticos hacen como los estados. Cuando un Partido Socialista añade a su nombre el adjetivo Unificado (P.S.U. francés, P.S.U. de Catalunya...) es que acababa de escindirse con carácter más bien minoritario (de la S.F.I.O. y del P.S.O.E. respectivamente). Si su órgano oficial se llama «UNIDAD», señal que el divisionismo practicado tenía un carácter sectario y monolítico. Si recientemente ha salido el nombre de P.C.U. a la palestra, evidentemente se trata de una nueva escisión. Y asimismo, se hablaba del Sindicato Único, cuando había libertad para afiliarse a éste o al Libre, no en la época verticalista. El clásico P.O.U.M. sin ir tan lejos (Partido Obrero de Unificación Marxista) era la fusión de dos tendencias escisionistas con respecto a la URSS: el Bloc Obrer i Camperol (B.O.C.) y la Izquierda Comunista. No era ni «partido» (era una coalición) ni «obreros» (hemos dicho «obrero-campesino» antes), y la «unificación marxista» era para él más una aspiración que una realidad...

En todas partes cuecen habas. Si Mitterrand en Francia lanza la etiqueta de Unión de las Izquierdas, es que hay importantes fricciones entre su P.S.F. y el P.C.F. Si se lanza en Portugal la consigna del «sindicato único» o Intersindical, señal que la clase obrera se halla sumamente dividida, por más espejismos que quieran hacernos ver los reportajes izquierdosos, y que va a ser abolida la unicidad sindical. Si un pueblo como Chile toma como lema aquello de que «*El pueblo unido, jamás será vencido*», la cosa promete durar poco y el mismo nombre de «Unidad Popular» poco podía hacer para salvar el «allendismo» de su trágico destino. Si urge en el campo de la enseñanza la reivindicación de «Escuela Única», seguro que es para enfrentarse con otra tendencias que no comparten ese criterio. Y por supuesto, si se habla de las instancias unitarias de la oposición, señal que la oposición anda dividida, que no todas las tendencias participan en las mismas, que salen a la luz en réplicas y contrarréplicas graves divergencias de criterio, de actitud táctico-estratégica.

El movimiento unitario de Comisiones Obreras se negó durante mucho tiempo a ser catalogado como organización sindical, insistiendo siempre en su carácter de «movimiento político-social» que es a lo que aspiraba. Insistió repetidamente en su representatividad salida de la base, en el carácter revocable de sus dirigentes, en su negativa a ser considerado como «correa de transmisión» de ningún partido y menos que ninguno del Partido Comunista. «*Dime lo que pregonas y te diré de lo que careces*», repetimos. Por eso, cuando se ha presentado como la única instancia unitaria homologada a nivel de movimiento obrero, todos hemos podido saber que éste se hallaba dividido

en un variado abanico de tendencias y de organizaciones; sindicales, por supuesto. Había ciertamente tiranteces en el seno mismo de las CC.OO., entre la base real y ese secretariado titulado, de manera excluyente, «Comisión Obrera Nacional de

Catalunya» (CONC). Pero seguía con su fama de organismo unitario, hasta la reciente ruptura de PTE y ORT con la tendencia PSUC. ¿Que qué nombre ha adoptado la mencionada escisión? No podía ser otro: «Comisiones Obreras-Sindicato Unitario...». Y continúa.

Amigos *unificados*, no llaméis *unitario* al mando *único*...

HABLA, PUEBLO, HABLA

I. DEMOCRACIA, NOW...

*Nadie, ni yo ni nadie, puede andar tu
camino por ti;
tú mismo has de recorrerlo.
No está lejos, está a tu alcance...*

WALT WHITMAN, *Canto a mí mismo*

La palabra DEMOCRACIA se ha puesto de moda. Los políticos no paran de referirse a ella, venga o no a cuento. Y también a los «culturales» —o «contraculturales», como prefieran decir otros— nos alcanzó la racha un poco de refilón. Se recibe correspondencia pidiéndonos precisiones. Incluso se nos insinúa que tomemos posición ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras, las próximas elecciones del país. No vamos a hacerlo, por supuesto, no es ésta nuestra misión ni pretende serlo. Habrá ya sobradas aportaciones para cubrir esta faceta. Sí, en cambio, consideramos muy puestas en razón las cartas en las que se nos indica el vacío cultural provocado por las prisas y oportunismos electorales de última hora —vengan del campo que vengan—, que no permiten al ciudadano medio hacerse una cabal idea del significado, del contenido profundo, de la palabra DEMOCRACIA, aquí y ahora. Aunque conscientes de nuestras limitaciones e insuficiencias, vamos a intentar llenar un poco ese vacío sin que ello signifique rebasar ni mucho menos nuestras atribuciones, para este hombre de la calle para el que escribimos. No va a ser, pues, el clásico panfleto politizador en que a tantos se les va, involuntariamente, la mano, ni el mitin demagógico tan «a la page». Nos limitaremos a hacer unas consideraciones generales sobre la palabra DEMOCRACIA. Y sobre los hechos que están detrás de las palabras. Es lo que nuestro lector espera de nosotros...

DEMOCRACIA es, como todos ustedes saben, una antiquísima palabra griega. Una palabra aprendida a escondidas en los libros de cultura general. Una palabra sospechosa y sacrílega, murmurada imperceptiblemente de boca a oído en épocas sombrías hoy superadas. Era algo secreto, casi un pecado, como la blasfemia o la palabra soez. Decir DEMOCRACIA en alta voz era como un insulto, un contubernio, la sempiterna maniobra judeo-masónica, un gesto de provocación casi tan grave como decir «urnas», por ejemplo. Era como atentar contra las más puras esencias del bagaje patrio, contra la raza y contra el imperio, contra la unidad de destinos en lo universal. Traducido para que el buen lector entienda: era atentar contra los poderes entonces establecidos.

Fíjense ustedes bien que hemos dicho «entonces». A los poderes ahora constituidos la palabra DEMOCRACIA no sólo no les molesta o indigna sino todo lo contrario: les sirve muy mucho para consolidar las nuevas posiciones. Y las «urnas» ya no son ese sueño prohibido de que hablábamos sino el fetiche de la nueva era. Antes las urnas eran el regalo mágico que, izquierdas y derechas (civilizadas) en plena pubertad, pedían en su entrañable carta a sus majestades los Reyes Magos de Oriente, ese sueño dorado que no llegaba a tomar cuerpo. Eran tiempos un poco diferentes. Hoy, desde las derechas civilizadas a los eurocomunistas, todo el mundo se siente como mayor de edad y sabe perfectamente que estas «urnas» con las que antaño se soñara se pueden obtener perfectamente; basta pedir las a unos Reyes que ni son «magos» ni de «Oriente», pero que en cambio pueden hacer milagros... No es ningún espejismo, la realidad social les acompaña en el trayecto, también la realidad social ha cambiado, tomando un nuevo estilo: por eso, hemos empezado afirmando rotunda y escuetamente que la palabra DEMOCRACIA se había puesto pero que muy de moda. Aquí, ahora.

DEMOCRACIA, de las palabras griegas «demos» (pueblo) y «cracia» (poder); no confundan, por favor, con las palabras «a-cracia» (sin-poder). DEMOCRACIA es una palabra que equivale a «poder-del-pueblo». En la socrática ciudad ateniense, en aquel siglo de Pericles de hará unos 25 siglos, como después en la Roma de patricios y plebeyos (la de antes de los devaneos imperiales), se hablaba de DEMOCRACIA; como se hablaba de DEMOCRACIA en las comunas y municipios libres de la Baja Edad Media (también una vez salidos del autoritarismo feudal y antes de los devaneos imperiales). Eso de la

ACRACIA es sólo una palabra traspapelada, imagino (para quien necesite mayores precisiones, que coja el diccionario por la letra «A»). Una palabra que también se ha puesto de moda en estos últimos tiempos. Pero no perdamos el hilo y, una vez vista aquí y ahora la palabra DEMOCRACIA, indaguemos qué provoca la reaparición en escena de algo que por su edad debería ya ser fósil, los hechos de detrás de las palabras.

II. DEMOCRACIA, AGAIN...

*Ante el gran escándalo de los unos,
bajo el ojo apenas menos severo de los otros,
alzando su peso de alas, tu libertad...*

ANDRÉ BRETÓN, *Oda a Fourier*

Por qué no se murió la DEMOCRACIA? ¿Por qué vuelve de nuevo entre nosotros? Me temo que la respuesta a eso no va a ser satisfactoria. El impulso primero es el de decir que eso de la soberanía del pueblo del poder del pueblo soberano, es algo que ninguna veleidad imperial, ninguna tiranía, ningún poder oculto podrá nunca acallar. Si Poder-del-Pueblo significa el pleno ejercicio de lo que anunciamos en el titular, si DEMOCRACIA ES QUE EL PUEBLO MISMO TOME LA PALABRA («HABLA, PUEBLO HABLA...»), hemos titulado), la conclusión sería que los poderes de este mundo pueden a lo sumo intentar amordazar durante un tiempo a este pueblo siempre esclavizado, pero nunca vencido por completo.

Una conclusión «progre» y optimista que no se entera de la auténtica realidad que discurre ante sus ennegados ojos.

La realidad es algo más prosaica, algo más decepcionante: la DEMOCRACIA ha logrado sobrevivir durante siglos y a través de tremendas pesadillas, por-que no era una DEMOCRACIA de verdad, porque nunca llegó a tomar cuerpo. Hemos hablado de la antigua Atenas y la clásica Roma: allí sólo eran «pueblo» los ciudadanos. Quedaban excluidos los extranjeros, mal llamados «bárbaros»; y, eso ya no hace falta ni mencionarlo, las mujeres y los esclavos y... El esclavo —una fuerza de trabajo que se compra y vende como se hace con el ganado— tiene los mismos derechos que éste: no puede intentar (ni imaginar siquiera) que tenga un sitio en la DEMOCRACIA, no va a pretender que se le considere «ciudadano» de pleno derecho, no tiene otra salida que las rebeliones de esclavos; como hizo Espartaco en la antigua Roma... En cuanto a la mujer-ciudadano también era algo aún por inventar: la mujer, ya se sabe, el reposo del guerrero, etcétera.

Nos hemos referido también a otra DEMOCRACIA comunal-municipal, de cuando la mercancía impuso su poder sobre la espada: un capitalismo incipiente, iba a imponer su dominio a un feudalismo casi agonizante. En tales comunas y municipios libres tomaron su inspiración los pensadores del federalismo y de la ya mentada Acracia: pero (aparte de la cuestión del esclavismo excluyendo a la inmensa mayoría de todo poder de decisión), cuando allí se decía «CADA HOMBRE, UN VOTO», se entendía cada «hombre libre», cada ciudadano contribuyente, cada propietario en definitiva. Las leyes de la mar eran un poco más «benévolas»: un bajel tenía derecho a declararse en rebeldía con respecto a su dueño; bastaba con que anunciara públicamente su libre soberanía izando en lo alto del mástil la bandera negra de «corsario», entablando con ello una guerra a muerte contra todo y contra todos (de ahí que, posteriormente, decidieran poner como «patente de corso» la ya tradicional bandera negra con la calavera...).

Fue en esta época que se inventó todo aquello de «los tres poderes» y de la separación de poderes, poder ejecutivo, poder legislativo y poder judicial. El siglo xx añadió lo que dio en llamar «cuarto poder», el poder de la prensa, la omnipotencia de los trusts periodísticos. Eso de los tres poderes va vinculado a toda una serie de conceptos: la constitución, el «contrato social», las elecciones, el sufragio universal, el voto secreto, la designación de «representantes» para plazos fijos, la autodeterminación de los pueblos hasta el momento «colonias» (por ejemplo, la autodeterminación de los Estados Unidos de América con respecto a Inglaterra, su antigua metrópoli con las

consiguientes declaraciones de independencia y de los derechos del hombre y del ciudadano...).

Pero insistimos en la idea de que tampoco eso era una auténtica DEMOCRACIA: la esclavitud persistía y el mero intento de proclamar su abolición costó una importante guerra civil. Insistimos además en que los conceptos anteriormente mencionados (los tres poderes, etc.) son cuestiones meramente formalistas. Además, la noción de un representante, de la elección de intermediarios a plazo fijo entre el pueblo y el poder, contradice en cierta forma la definición de DEMOCRACIA como poder del Pueblo, sobre todo si se insiste en concebir el cargo de delegado o representante-intermediario como algo de revocabilidad permanente. Es lo que decíamos antes en boca del poeta americano Walt Whitman: DEMOCRACIA significa que «Nadie, ni yo ni nadie, puede andar tu camino por ti; tú mismo has de recorrerlo...».

Por eso la DEMOCRACIA vuelve a instalarse —dicen— entre nosotros: para mejorar su insuficiente imagen pública de esos últimos 25 siglos. En esta segunda mitad del siglo xx, nos llega arropada de declaraciones universales de los Derechos del Hombre, de cartas fundacionales de la ONU y demás organismos internacionales (UNICEF, UNESCO, etc.), así como de estatutos del tipo del Mercado Común, la descolonización, la distensión de la guerra fría entre la NATO y el Pacto de Varsovia... y tantos otros papeles mojados con rango casi constitucional: DEMOCRACIA significa ahora «europeísmo de posguerra».

III. DEMOCRACIA, TOMORROW

Un día, cuando el hombre sea libre, la política será una canción...

LEÓN FELIPE, *Habla el prólogo*

Las intentonas democráticas no han sido, pues, otra cosa que intentonas. La última fase de esa larga tragedia toma —como dijo el clásico— forma de farsa. Hoy al siempre obstaculizado Poder-del-Pueblo ha venido a contraponérsele, en condiciones de flagrante desigualdad, el Poder-del-Dinero (del capital, de la mercancía, del espectáculo, de la feria del consumismo, etcétera). Si no se llevara la cosa con mucha sutileza y disimulo, resultaría de lo más grotesco. «Ante el gran escándalo de los unos, bajo el ojo apenas menos severo de los otros...», hoy el capital se vistió de DEMOCRACIA.

El último gesto del Capitalismo-Neo ha sido este abrir las puertas a los últimos que llegaron a las plácidas playas de la DEMOCRACIA, a este salón de los pasos perdidos en que se eternizaban: países como Grecia, Portugal o España se descubren de pronto una ferviente vocación de DEMOCRACIA nórdica y están decididos a patentizar, ante los admirados ojos de medio universo, que en su fuero interno se sentían «demócratas de toda la vida». El bueno de don Blas Piñar, la «revolución pendiente» de José Antonio Girón, han tenido, ante tanta promesa de reforma desde los sitiales del Poder, un disgusto de muerte, aunque a decir verdad no había para tanto.

Vimos lo que significaba «Democracia, now» (aquí, ahora, que evoca esa palabra); la «Democracia, again» (de nuevo, otra vez el retorno de los brujos, las nostalgias fascizantes de lleno en la vía muerta). Pero «Democracia, tomorrow» viene a significar, para consuelo de veleidades bunkerianas dedicadas a conservar vigente el rescoldo de los años «juveniles», algo así: «*Ce n'est pas pour ce jour, ce n'est pas pour demain matin...*». Eso de una DEMOCRACIA HOMOLOGADA, eso de tener que pasar por ventanilla, eso de que un gobierno de indiscutible solera (otras cosas no tendrá, pero solera no falta) tenga que seguir unos trámites similares a los que hace pasar a sus «opositores», parece que no entusiasme al personal.

DEMOCRACIA = «Demos gracias». Habrá quien alegue que el proceso de esa «Larga Marcha hacia Europa» se presenta como muy lento, que se nos exige más paciencia que a un patriarca bíblico (me refiero al señor Job). Y a fin de cuentas para concedernos algo que sólo merece a medias el nombre de DEMOCRACIA. ¡Siempre los hay con prisas! Después de poner toda su paciencia en pasar sin decir ni esta boca es mía los últimos cuarenta años de conformismo, ahora nos

vienen con prisas y exigencias: tiene gracia. No es que propugnemos tampoco la lentitud y la pasividad, evidentemente: a nosotros sólo nos inculcaron aquello tan elemental de «Sin prisas, pero sin pausas». El comentario era que «Lo cortés no quita lo valiente». Y el estribillo redondeaba: «Total, ¿para qué te vas a preocupar? Las cosas como vienen las tienes que tomar». ¿Cuántos de los que hoy nos vienen con prisas democráticas merodearon con pausas pero sin prisas por los intrincados pasadizos de pasados gabinetes ministeriales en tiempos no tan lejanos?

¿Por qué, pues, hemos escrito que la DEMOCRACIA es algo que va a quedar para «tomorrow»? Evidentemente, sin ni siquiera una pizca de mala intención, ¡nomás faltaría! A riesgo de repetirnos, hemos de indicar de nuevo lo que ha quedado escrito más arriba. DEMOCRACIA es que el mismo pueblo hable, DEMOCRACIA es un camino que uno mismo ha de recorrer, que nadie (ningún intermediario) podría recorrer en vez de uno. Del concepto de DEMOCRACIA como «Todo el poder al pueblo», pasaríamos así a una DEMOCRACIA que significara «Ausencia de intermediarios», «Todo representante es permanentemente revocable», «El poder a la Asamblea»... Y esto, hablando honradamente, hemos de reconocer que está aún en pañales, que no va a implantarse de la noche a la mañana: ¿Dónde, una asamblea soberana? ¿Cuándo, el período constituyente que la implante y le dé rodaje?

Y que quede claro que no se trata de problemas específicamente hispanos ni específicamente europeos, ni específicamente occidentales: hay un poco de todo. Nuestro buen lector sabe sobradamente qué significado casi circense ha acabado por obtener la palabra DEMOCRACIA en boca de los Estados Unidos de América: el demócrata allí es simplemente el candidato a la presidencia que ostenta una sonrisa de dentífrico (a lo John Kennedy o a lo Jimmy Cárter) y cuyo partido luce como emblema un tímido asno; es decir, el oponente al candidato llamado republicano con cara de Watergate de vía estrecha (a lo Nixon o Ford o Kissinger) y un prepotente elefante en el emblema respectivo. Tampoco en los USA la DEMOCRACIA es algo inminente... Un día, eso sí, el hombre será libre y la política será una canción.

IV. UNA DEMOCRACIA SIN ADJETIVOS...

Fórmula de nuestra felicidad:

un sí, un no, una línea recta, una meta...

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El Anticristo*

Me dicen que me he olvidado de poner un énfasis especial en la noción de «Democracia directa» por la que sienten tanto aprecio los amigos libertarios. Pero no es verdad, lo he hecho exprofeso... Ante una DEMOCRACIA de verdad los adjetivos sobran, vienen sólo a traer reminiscencias ideológicas por completo superfluas. Decir DEMOCRACIA a secas ya es decir «Autogestión», «Poder a la asamblea», etc. Y si los adjetivos sobran ante una DEMOCRACIA de verdad, es evidente que serían motivo de burla ante DEMOCRACIAS como las descritas.

Y es que, al lado de la tan traída y llevada «Democracia directa», pululan infinidad de acepciones ideologistas de todo tono y matiz: la «Democracia formal» frente a la «Democracia real» dicen unos; la «Democracia burguesa» frente a la «Democracia obrera» («Poder obrero»), también llamada «Democracia proletaria», según otros; las «Democracias parlamentarias» como algo contrapuesto a las tan traídas y llevadas «Democracias populares», y viceversa; e infinidad de conceptos más o menos próximos como el famoso «Centralismo democrático» del padrecito Lenin, las «libertades democráticas» practicadas por los modernos revisionismos eurocomunistas (sus sucesores en cierto modo por vía más o menos indirecta), etcétera.

Nos repele en cierto modo el engrosar ese paquete, ya de por sí lleno de insinuaciones, con otros conceptos venidos de otros campos: «Democracia directa», «Democracia autogestionaria», «Democracia asambleística», «Democracia libertaria», etc. Del mismo modo que en su día nos causó sorpresa —y una cierta alarma que luego comprobamos desprovista de todo fundamento— esa «Democracia a la española»

que la tele anunciaba con una convicción digna de mejor causa. Del mismo modo que nunca hemos acabado de entender aquel otro adjetivo de tiempos hoy caducados: «Democracia orgánica» (Familia, Municipio, Sindicato), decían a coro los portavoces del Sindicato vertical obligatorio, la Dedocracia que regía los municipios, y las «voces blancas» de los procurados en Cortes por el tercio familiar...

Nada, pues, de complicarnos más la vida: un sí, un no, una línea recta, una meta. Eso lo engloba todo. Que se queden los unos con las democracias formales o burguesas, con especulaciones sobre si una cámara a dos cámaras, que si senado y que si parlamento. Harán de contrapeso a las democracias obreras, proletarias, populares... Que intenten autogestionar (?) el centralismo democrático o la dictadura del proletariado. Aquí nos conformamos (ésta es nuestra quiniela) con un empate a cero, una equis. Y, por supuesto, pasamos de lejanos pasados orgánicos y de pasados menos lejanos «a la española».

Urnas, comicios, elecciones, votos, escaños, parlamentos, libertades, cámara de los lores (o senado) y/o de los comunes (o cámara)... Todo eso sumado a líderes, oportunistas, coaliciones, al contrincante de ayer tendiéndonos hoy la mano, sirve únicamente para lo que hemos dicho: para decir un sí, para decir un no... sin saber todavía cuál va a ser la pregunta y cuál la meta. Sería, pues, ridículo por nuestra parte ponerse a hablar de democracia real, directa, assembleística, libertaria, etc., así por las bravas. Sería hacer la vergüenza más vergonzosa todavía... Porque, en materia de debates ideológicos, francamente: no basta con que el pensamiento busque su realización, es necesario que la realidad busque el pensamiento. Y nada de venir a citarnos a Marx en plan pedante: «los que han leído a Marx —escribió en su día la *Internacional Situacionista* (n.º 10)— saben que su método es una crítica radical de las ideologías: los que sólo leyeron a Stalin hacen del "marxismo" la mejor de las ideologías...».

Nada de presumir de Marx o Bakunin, de Lenin o Durruti, del Chile de Allende o del Portugal de Saraiva de Carvalho. Movimiento de Fuerzas Armadas de abril del 75, la Unidad Popular, el Pueblo unido jamás será vencido... ¡Habla, pueblo, habla! Agua pasada no mueve molino... Si hay que hablar de «revolución», lo haríamos en todo caso siguiendo las huellas precursoras del bueno de Jerry Rumin: «La revolución —escribió en su día para expresar la posición del movimiento "yippie"— no es lo que tú crees (la organización a la que perteneces, o aquel a quien votas), es lo que haces todos los días, cómo vives...». DEMOCRACIA (o revolución, si preferís) sería ese texto que leíamos al inicio del film de Bo Widerberg *Joe Hill* (1971): «A las trabajadoras de las hilanderías de Massachusetts, que en 1912 fueron a la huelga pidiendo: "QUEREMOS PAN Y ROSAS..."».

YO TAMPOCO VOTE PSUC

Si queréis conservar el pan y la esperanza, destruid vuestras papeletas, haced pedazos los vidrios de las oficinas, abandonad las filas del miedo...

ALBERT CAMUS, *Estado de sitio*

Estas últimas semanas que precedieron a las elecciones, creía que me hallaba sitiado. Sitiado por la pesadilla del espectáculo, por el espectáculo de la pesadilla, en estado de sitio permanente. Desde avionetas anunciando a Suárez o a Pujol hasta esos niquis cotidianos con inscripciones como «Yo también votaré PSUC» que he reproducido en el título del artículo. Y, obviamente, grandes anuncios de vallas, infinidad de pósters, pinturas murales no desprovistas de arte, pegatinas, letreros con spray... Y no hablo de los mítines ni de los espacios gratuitos por la tele (cuando uno quiere ver a la Isabel Tenaille de todos los días y se la cambian por una niña trotsko o una feminista homologada); ni tampoco de esa nefasta raza de los periodistas que, día a día, dicen y repiten ese disco de siempre hasta conseguir que uno se desinterese y alcance su punto de saturación.

Con no ir a los mítines, cerrar el interruptor de la tele y leerse el periódico que uno tenía la costumbre de comprarse cada día, todo resuelto. Pero uno no puede en cambio evitar recorrer los pasillos de los metros ni cerrar los ojos al frenesí que empapela la ciudad.

En definitiva, que se abusa del humilde espectador. En la tele (al final nos hemos habituado y la dejamos abierta sin mirarla apenas) se les ocurrió sacar un spot que, en vez de coca-colas, nos vendía los leones de las Cortes. No recuerdo bien el texto pero no era el que estábamos habituados a oír durante años: «*Aunque usted pueda votar, España no puede; y usted lo sabe...*». Venía a decir, aproximadamente: *Tú que tienes más de 21 años, bla bla bla bla, bla bla bla bla, bla bla bla; piénsalo bien y vota...* Vamos, una cosa tipo referéndum.

Cuando uno está acostumbrado a esquivar los referendums, esos actos de adhesión que en su día organizara Franco, comprando nuestro voto a cambio de unas horas de fiesta, y en el mejor de los casos todo un día, ya espontáneamente pasa de largo de las votaciones y puede escribir, antes ya de conocer el detalle de los resultados: «YO TAMPOCO VOTE» o «YO TAMPOCO VOTE PSUC» o «YO TAMPOCO... lo que sea». Añadiré que en mi caso se daba un dato suplementario: no eran de mi agrado los candidatos, no eran de mi agrado las candidaturas, no eran de mi agrado las reglas de la Ley electoral, no era de mi agrado el rollo ese de ir a hacer cola —así en plan cívico— para depositar los papeles de votar. Aunque no sea asiduo de Ibiza o del Zeleste, uno vio ya demasiado mundo. En cierto modo, uno pasa de todo...

Por eso escribo ahora lo que escribo. Estoy más que fatigado de que la gente diga y repita lo que debo hacer, tanto sí es la tele como los amigos. Tendrías que votar, te dicen unos. Y sobre todo, que sea un voto *útil*, se permiten añadir otros. Quien no vaya a votar *perderá* las elecciones (?), auguran unos terceros. Si repites que pasas de todo, llueven las amenazas: Si sale fulanito o menganito y se te sienta cuatro años en su escaño, tuya será la culpa. Claro, mía será la culpa, salga quien salga. Claro, una vez nombrado se agarrará a su escaño cuatro años por lo menos. Sí, aún recuerdo aquellas Cortes que heredara Arias Navarro: no había modo de que se jubilaran, se sucedían a sí mismas, mandato tras mandato, impasible el además.

Otra carnada de aficionados a todo eso de las urnas son gente de buena fe, entre ingenuos y crédulos, que van por el mundo con las cartas destapadas. Te dicen: «Ahora todo irá bien», «Esto es el no va más», etcétera. O bien, te salen lloriqueando: Es que a mí me gustaría que saliera menganito, y si todos hacen como tú ¿de dónde sacará votos? Y aún quedan esos que te predicán las bienaventuranzas: Sé intransigente en eso; procura que, sobre todo, tu voto sea un *voto obrero*... Y me olvidaba de los contradictorios, esos que te dicen: Ya sé que mi voto *no va a servir de nada*, pero que no se diga; ya sé que la lucha de verdad empieza el día 16 de junio y que las votaciones son sólo una demora...

¿A que al final resultará que todos pensamos lo mismo, que nadie de los que votan creía en las elecciones? Es lo que antes decía: el espectáculo de la pesadilla (ése que

comentamos) sustituye aquí y ahora a la nefasta pesadilla del espectáculo. En uno y otro caso, el sistema del poder (el sistema, a secas que es lo mismo) visibiliza la miseria de la supervivencia, hasta llegar a un punto tal de saturación generalizada que incluso la mercancía se convierte en imagen. Esas imágenes que recubren los muros; ese espectáculo del

plácido rebaño de gente sana y bienintencionada que se dirige a la urna correspondiente, con su carnet de identidad, con su nombre anotado en las incompletas listas de los censos, con sus sobrecitos bien cerrados, siguiendo los consejos que le dieron sus amigos. El buen hombre que vota sin creer en política.

Sus motivos tendrá, si no cree en política; razones, le sobran. Ya sólo le faltaba descubrir cuán corta se queda la nueva política, cuán por debajo de las promesas y de las esperanzas. Y, ya una vez perdida la esperanza vana en que el mundo cambiara de un día para otro, puede empezar a hacer algo que lleve a alguna parte. Y sin necesidad de urnas, de censos, de mítines, de papeletas, de interventores, de tantas semanas comulgando con ruedas de molino. Esperemos que por lo menos no tolerará que se le diga impunemente «Tú que tienes más de 21 años, piénsalo bien y ¡bote!» donde debía habersele dicho en confianza: «Tú que pasas ya de los 17 años, *piénsalo libremente*, vota si quieres, y si no, tan amigos, nos vemos un día y tomamos unas copas...».